

# Inquietud del Mundo

Por Hernando Téllez

## MUNDO CERRADO

Yo tengo un hijo —decía ese amigo a su compañero— para quien la vida real es poca cosa. Apenas el trampolín para saltar al vacío, al mágico vacío, de su imaginación. ¿Vacío? No; el término es de una inexactitud manifiesta. Lo que llamo vacío está colmado, en su caso, que debe ser igual al caso de todos los niños de la tierra, de las más extraordinarias realidades, que él ve y los demás no advertimos. Todo un universo con su fauna y su flora adecuadas, con su mecánica y su física propias, con su lluvia y su sol, su primavera y su verano, su luna y sus nieves, sus héroes, sus soldados, sus ángeles, sus dioses, sus historias, su música y su leyenda. La fiesta de esa cabeza infantil casi no cesa, por ahora. Los años la irán liquidando poco a poco. Irán acallando esa música interior, apagando la luz de esos paisajes, destruyendo las deliciosas leyes físicas de ese mundo, agostando esa flora, aniquilando esa fauna, matando esos héroes, silenciando, desdibujando, esfumándolo todo. La milagrosa capacidad de ensueño que ahora estimula esa mente infantil y mantiene alerta ese pequeño corazón, habrá sido reemplazada por la lógica adulta, por el raciocinio normal, por la noción precisa de las cosas, por el conocimiento esquemático de las realidades exteriores.

¿Pero cómo era ese otro mundo fantástico? ¿Era igual al de Alicia o al de Peter Pan? No hay “baedeker” en las agencias de turismo para orientarnos por esos continentes que surgen en el océano de las almas infantiles. ¡Qué hundimientos y qué resurrecciones continuos, qué cataclismos geológicos bajo la cabeza de un niño! Es inútil pretender seguir con cuidado el proceso de tales transformaciones. Del misterio de la infancia no sabemos nada los hombres. Intuímos vagamente detrás de las palabras que nos dicen, de las historias que nos narran, de

---

NOTA.— Hace poco falleció en Bogotá este destacado escritor colombiano en cuya memoria reproducimos aquí algunos de sus ágiles y sagaces ensayos que él agrupó hace años con el título que encabeza esta selección.

los hechos que nos cuentan, una incierta zona de la realidad suya, de la espléndida realidad de sus sueños. Pero comprendemos que si avanzaran demasiado en la explicación, nos quedaríamos por fuera de su lógica especial, incapaces de aprehender el secreto de tantas maravillas. En el "surrealismo" hay algo de la concepción pueril del universo. Pero debe ser apenas una insegura y balbuciente aproximación al cosmos cerrado de la infancia. Las verdades obvias del mundo de los hombres, no tienen vigencia en el mundo infantil. Cuando tratamos de imponerlas a los niños, sobreviene, súbitamente, una resistencia deliciosa a entenderlas tal y como se las dan. Y aparece el quiebre imprevisto, el camino desconocido que ellos trazan sobre la superficie prosaica de ese género de verdades. Y ya quedamos a oscuras, ciegos, ante una perspectiva que no alcanzamos a dominar ni con nuestra conciencia ni con el auxilio de nuestro ingenio.

Un amigo llegó de visita adonde cierta familia. Mientras aparecían los dueños de casa, entabló conversación con el chicuelo, que jugaba en la habitación adonde había sido conducido el visitante.

—Hay aquí muchos libros excelentes, le dijo al niño. Aquí está la historia de Francia y la de España; las aventuras de Telémaco, el viaje del joven Anacarsis, Atala y René. Debes ser muy dichoso y divertirte con estos libros.

—Sí, repuso el niño, vacilante. Pero ¿sabe usted cuál es el libro que más deseo poseer? Un catálogo de "Las Galerías Lafayette". Ese sí que es un libro maravilloso.

El visitante quedó desconcertado. Su lógica no le permitía entender la secreta razón del poético anhelo del niño. El catálogo del gran almacén parisiense, era, ciertamente, una verdadera obra maestra, capaz de estimular todos los anhelos y de enriquecer el mundo de sus sueños. Allí estaba impreso, in-extenso, el soberbio, el insuperable capítulo de los juguetes: automóviles, aviones, escopetas, pistolas, fusiles, la rica fauna de goma, aquellos fieros leones del tamaño de un puño, las gráciles gacelas, los suaves gatos que se dejan oprimir el vientre sin protesta, los conejos, los ciervos, los patos, los cocodrilos. Y estaban el payaso y el oso, y el policía de celuloide, y los patines, y el aro de pulida y flexible madera, y el carcaj y las flechas, y la pistola de los contrabandistas, y el gran trompo musical, y la bolsa de bolitas de cristal, y la desafiante armada naval, y los cañones y los soldados de plomo y el ratón Mickey, y el Pato, y Pluto, y los Siete enanos... ¿Qué no estaba en ese libro?

---

La lógica de los adultos no penetra en el mundo cerrado de la infancia. De ahí, de esa incapacidad que poseemos los mayores para llegar al fondo de la especulación infantil, se derivan las equivocaciones, los desaciertos, en el proceso de la educación y de las relaciones de padres e hijos. El hombre se fatiga rápidamente del espectáculo de la puerilidad. No puede seguir, sin probar cierta desazón incoercible, la accidentada línea de una discusión entre niños. Esa imprevista valoración de las cosas y de los hechos, que aparece en el razonamiento infantil, se aparta radicalmente de la que de modo normal se le atribuye. Hay

como una zona de corcho que separa los dos mundos: el de los hombres y el que van denunciando las opiniones, las "tesis" infantiles.

Los objetos que forman el marco común de las existencias, reciben una milagrosa consagración en el universo de los niños: son lo que son; pero, además, muchas innumerables cosas más: una hoja puede ser un bosque, un pisapapel de cristal puede convertirse en una montaña de nieve, el filo de una mesa en un misterioso desfiladero, una gota de agua en un continente, un trozo de jardín en una provincia del Africa, una escalera en una difícil montaña... Y en el orden moral, qué admirable trasmutación de los sentimientos: del fondo de una pena el niño va sacando sonrisas y alegrías, como grácil espuma del alma, sin auténtica solución de continuidad entre el dolor y el placer. Esa simultaneidad moral corresponde a la otra, la de la imaginación, que va creando "realidades" prodigiosas que coexisten las unas al lado de las otras en mágico equilibrio.

---

La pedagogía de todas las épocas tiene una divisa que se expresa de esta manera: hacer hombres de los niños, formar hombres, crear hombres. Es una divisa más o menos especiosa, sobre la cual, según parece, se hallan acordes todas las escuelas del magisterio, todas las tendencias filosóficas, todos los credos científicos. De la aplicación estricta de esa divisa se derivan no pocos de los graves y chocantes errores que llenan la historia de la cultura, de la educación de los pueblos. La tendencia a modelar psicológicamente a un niño, de acuerdo con la norma de los adultos, es sencillamente funesta. Y resulta cruel y dolorosa en todos los casos. Dejar que los niños sean niños y defenderles, estimularles esa condición con todas sus características, con todas sus consecuencias, parece mejor y más lógico. A la monótona admonición familiar: "Tienes que portarte como un hombre", debiera suceder esta otra: "Tienes que portarte como un niño". La dificultad de una posición magistral de esta índole, es bien grande. A los hombres les resulta más cómodo que el mundo gire en torno suyo a su imagen y semejanza. Y por ello cuando se tropiezan con el cerrado, el misterioso mundo de la infancia, resuelven el problema por la línea de la menor resistencia, que es la de la imposición de su lógica, sobre la imprevista lógica infantil.

La ancha vena mítica que fecunda la imaginación de los niños, que puebla sus relatos con héroes de portento, desconocidos para los mayores, tiene en la pedagogía un estorbo invencible. "Dejémonos de fantasías", se oye decir a padres y maestros, cuando el niño o el pequeño alumno van navegando dichosamente, con su imaginación, por las encantadas aguas de su personal mitología. "Eso que consideras verdadero, se oye decir en las charlas de los padres con los hijos, no es cierto. Es pura fábula e invención. Ese personaje con quien sueñas y de quien tanto hablas, no ha existido jamás". El choque es inútilmente cruel. Pero hay que hacer hombres, sigue diciendo la sabiduría pedagógica, montada sobre la base del aniquilamiento de las cualidades mejores de la puerilidad, sobre el exterminio de la volátil poesía de la infancia. Verdadero mundo cerrado, el mundo de los niños no tiene acceso ni clave

para los hombres, que golpean con bárbara, con tosca impericia en sus puertas, sin lograr trasponer jamás esos umbrales misteriosos.

## EL IDIOMA Y EL PUEBLO

La evolución popular de los idiomas —y parece que no hay otro género de evolución al respecto —es un fenómeno que se presta a sabrosas y excelentes consideraciones de variada índole. Ante todo está el hecho de la fácil y rápida aclimatación social —llamémosla así— de los nuevos giros, de las nuevas expresiones, de las nuevas metáforas, de los nuevos tropos, de los nuevos materiales con que se va enriqueciendo, dicen unos, con que se va desfigurando, dicen otros, el respectivo idioma, gracias al concurso de circunstancias exteriores, impuestas por la vida misma de las sociedades humanas y su desarrollo o su decadencia.

La misión de las academias del lenguaje ha sido denigrada muchas veces, con notoria ligereza e injusticia, tomando como base un error inicial de apreciación. No es cierto que las academias de tal índole, según reza la mayoría de sus estatutos, tengan por finalidad exclusiva montar la guardia en el palacio de los idiomas, controlar con su policía el uso y el abuso de las palabras, expedir para ellas un seguro de vida y extender para otras, para muchas otras, una solemne partida de defunción. No. La verdadera misión de las academias podría ser más simple y más útil: dar carta de naturaleza a las adquisiciones que la evolución del lenguaje hace para sí. Es ésa una misión a la cual no puede esquivarse ninguna academia, ni ningún académico, cualquiera que sea su autoridad o su prestigio, porque el verdadero dueño del idioma, su maestro de mil cabezas, el que impone sus cambios, determina la vigencia de ciertas peculiaridades, organiza su desarrollo, altera su fisonomía, modifica el sentido de los términos, sustituye eficazmente el uso antiguo por el uso nuevo, toma elementos foráneos y los asimila al genio típico de la lengua, sustituye, reemplaza, destruye y crea nuevas realidades, es el pueblo, la masa amorfa de cada nación.

He ahí el dictador supremo en la evolución de los idiomas. Contra su terca y soberana voluntad de hablar y de escribir sin sujeción a las premisas académicas y a los dictados de la filología y de la semántica, se quiebra el esfuerzo culto de los técnicos, de los gramáticos y de los sabios. El secreto del formidable éxito universal conseguido, verbigracia, por los nuevos novelistas norteamericanos, radica, entre otras cosas, en la desconcertante y milagrosa calidad estética que han sabido dar al idioma corriente y vulgar del pueblo. Idioma fertilizado, enriquecido maravillosamente por el genio anónimo de una sociedad de proletarios y de plutócratas, de políticos y de capitanes de industria, de agricultores y de menestrales, de artistas y de vagabundos, de obreros y de **gangsters**, cuyo aporte ha sido parejo en la soberbia tarea de crear nuevas formas de expresión, nuevos signos, o como lo decíamos antes, nuevas **realidades** para el idioma. ¿Qué vale, ante ese hecho formidable, el control académico? ¿No resultaría pueril la docta empresa encaminada a demostrar que esa literatura es perniciosa y nefasta porque dentro de ella se les da una categoría literaria de primer orden a innumerables formas del lenguaje que pugnan abiertamente con las severas reglas a-

ceptadas como excelentes y únicas en el tribunal oficial del idioma, es decir, en las academias?

La soberanía popular es más fuerte en este aspecto de las realidades sociales, talvez, que en el orden político. La desintegración de ciertas formas del lenguaje, su descomposición, su ruina, no la detiene nada ni nadie, cuando es el pueblo, el vulgo, quien se encarga de esa labor, a la cual se entrega más por instinto que por reflexión. El pueblo no pone mucho discernimiento, sino más bien se deja guiar por su adivinación, en estas cosas. El desarrollo de las ciencias, de las artes, de la política, de la economía, la modificación de las costumbres, de los placeres, de las modas, las nuevas dimensiones que toma la conducta humana ante los hechos que se van presentando en el curso de la historia, trae un vasto aporte a los idiomas, a la conversación, al estilo literario. Y ese aporte no sale de los cenáculos especializados, sino que brota de la calle, nace de la multitud, se origina anónimamente. Pretender modificarlo, alinderarlo, pulirlo, modelarlo, someterlo a la prueba gramatical o filológica, para declarar, si es legítimo, que debe aceptarse, o si es mercenario e ilegítimo, que debe rechazarse, es un empeño absolutamente inocuo y estéril.

Los grandes estilos literarios tienen su fuente de aguas vivas, en el idioma popular. Cervantes es un ejemplo concluyente al respecto. El vigor de un idioma no radica esencialmente en la sujeción estricta a lo tradicional, sino también en su flexibilidad para aceptar y asimilar los elementos de renovación que el progreso social vaya arrojando en su seno. Obsérvese, para el caso, cómo resulta de antipático, de chocante, de artificial, de melindroso, el estilo de los escritores que se apegan a las formas desuetas del idioma, a los giros anticuados, a la fraseología de los clásicos. Se ve de entrada el "pastiche", la forzada imitación. No se puede remontar el caudal del tiempo, sin correr todos los peligros de esa aventura azarosa. Cada cual ha de ser de su tiempo, de su año, de su hora, decía, sonriente, el señor de Montaigne. Pero saber serlo es cuestión difícil, si se paga tributo a los prejuicios que infestan todos los órdenes de la actividad humana, entre ellos el orden intelectual.

Pero volvamos al tema de estas glosas. El primer estadio que invade la corriente popular de la renovación de los idiomas, es el de la conversación. Ese territorio no resiste, sino muy débilmente, el asalto de las nuevas formas. Adquirida una palabra, un giro, una metáfora, un tropo, por el vulgo, por las "mayorías populares", ninguna fortaleza que se oponga a su vigencia y difusión podrá resistir el anónimo empuje. A poco andar, la novísima conquista habrá sentado carta de ciudadanía en todos los diálogos, será repetida y aceptada aun por quienes encuentren inicialmente desagradable, extraña y hasta vejatoria esa sujeción que se les impone. De la conversación ascenderá al estilo literario, primero con la puntillosa precaución de las comillas o la salvedad manifiesta de que su uso eventual está indicado por una moda detestable, por una vulgar corrupción del lenguaje. Más tarde, se abandonarán esas precauciones y salvedades, y la palabra recién nacida, el giro recientemente adquirido, pasará a formar parte del acervo común. Literatos y políticos, artistas y hombres del montón, usarán el nuevo signo verbal como una moneda de pura ley para el comercio espiritual.

La desacomodación de un escritor con su época se traduce tanto por las ideas como por el estilo. El escritor que se niega a aprehender, a usufructuar para beneficio de sus obras los valores idiomáticos que la evolución de la sociedad en que vive va creando constantemente, corre un riesgo similar al de esos caballeros o de esas damas que se aferran desesperada y orgullosamente a una determinada moda, ya fenecida, a un repertorio de palabras, ya en desuso, a un estilo, a un tono de vida, periclitados o superados. El caballero que al despedirse de un amigo todavía emplea la antigua fórmula de "colóqueme a los pies de su señora", se hace, sin duda, acreedor a nuestra gratitud eventual, pero también a nuestra sonreída y burlona sorpresa por la insólita resurrección, que se torna cómica instantáneamente, de un "cumplido" que perdió su vigencia hace ya muchos años.

El lenguaje de la amistad y el del amor, el de los negocios y el de la política, sufre alteraciones constantes, curiosas y, en lo general, acertadísimas. Quienes se colocan en pugna con ellas, no tienen ninguna posibilidad de aniquilarlas o vencerlas. Por tal razón el espectáculo espiritual que ofrecen las gentes empecinadas en una diaria batalla por la supervivencia de lo que está agonizando o ya murió, resulta de una endiablada comicidad. El ejemplo que hemos puesto antes, podría multiplicarse indefinidamente, removiendo el archivo de los giros, de las expresiones no sólo de la cortesía social, del trato en los salones, sino de la literatura política de quince, de veinte, de cincuenta años atrás. ¡Qué excelente vitrina de antigüedades podría formarse con ese material de metáforas, de palabras, de tropos, de aproximaciones críticas, de exclamaciones, de admoniciones, de comparaciones, de maldiciones, de interjecciones! Esa "exposición" retrospectiva del estilo de la conversación y del estilo literario serviría, mejor que cualquiera otra cosa, para demostrar cuál ha sido el cambio en las formas del lenguaje a lo largo de medio siglo, por ejemplo. La desvalorización paulatina o vertiginosa de tantas palabras, su ruina irremediable, su desuso, el proceso de su auge y de su decadencia, su transformación, la modificación popular de su sentido, podría tomarse como punto de partida para ensayar también una interpretación de evoluciones más amplias: la moda, el deporte, las relaciones sociales entre varón y mujer, el amor, las diversiones, la política. Ya se ve cómo el lenguaje es el cambiante espejo de la sociedad, y cómo sus modificaciones, sus alteraciones, sus conquistas, revelan el proceso interno a que están sometidas todas las agrupaciones humanas, proceso de un devenir sin interrupción, en que no hay un solo hecho que no pertenezca, dentro de su actualidad, un poco al pasado, y sea, al mismo tiempo, punto de apoyo para su propia sustitución en el futuro. Por eso la estabilización del idioma, dentro de rígidas normas académicas, no es más que una vana y loca ilusión.

### UNA FALSA LETRA CONTRA LA GLORIA

Un lejano corresponsal me escribe de esta suerte: Vivo en una tranquila localidad de provincia. Tengo dos hijos varones, entre los cuales hay apenas una honesta y biológica diferencia de edades. Estudian en una escolilla, la única del sitio, que contrapesa lo sumario de

su instalación y la pobreza de su inmueble, bajo la pedagógica vanidad de un título que le cae grande y pomposo: Liceo. El Liceo, dicen las gentes del lugar, y este vocablo, repetido, como que les borra de la mente la imagen de la penuria y se la reemplaza por otra, ilusoria, metafórica, pero mucho más amable. Mis hijos son locuaces, curiosos, y, sin constituir una genial excepción a las normas, tan elásticas, de ese período vital de transición de la infancia a la adolescencia, en que se va aflautando la voz, se estira el cuerpo y se marca con alguna precisión la nomenclatura de los músculos, y los vestidos infantiles empiezan a quedar cortos, tienen —mis hijos— una saludable capacidad para la sorpresa.

Todavía creen que el mundo es una caja de prestidigitador. La realidad, la áspera o la suave realidad que los hombres maduros comprueban unas veces con dolor y otras con regocijo, se halla superada mágicamente por lo que en ellos queda todavía de fuerza o pureza infantil. De manera que su sistema de razonar tiene la suprema ventaja de que no se parece al de los hombres. Para el cúmulo de interrogantes que me plantean sobre todos los problemas humanos y divinos, sobre la marcha física del universo y la conducta de los hombres, sobre el armonioso misterio que preside la marcha de la estrella lejana y el prodigio de las cosechas, sobre el secreto de la dominación política de unos pueblos contra otros, sobre el de la opulencia y el de la miseria, no dispongo sino de una miserable reserva de conocimientos, que quedó exhausta hace mucho tiempo, pero a la cual vuelvo, angustiado, cada vez que el interrogatorio se pone grave o difícil. Comprendo secretamente que mis hijos no quedan satisfechos, pero me consuela la idea de que esa serie de diminutas y casi imperceptibles desilusiones que obtienen respecto de mi sabiduría, irán creciendo y haciéndose tan frecuentes, que, ya hechos hombres, les servirán para destruir el mito de la sabiduría y de la perfección paternas, y reemplazarla por una idea manuable, corriente, y muy eficaz, a propósito de las limitaciones humanas.

Pero, continúa mi corresponsal, en estos días he tenido más motivo que nunca para la cavilación. El asunto ha ocurrido así: uno de mis hijos ha querido sondear en su propio destino. Ha hecho girar, con sus palabras y ante mis ojos, la rueda de las posibilidades. Y ha detenido su decisión en este punto: "Quiero ser escritor, escritor de periódicos. Periodista. Un gran periodista. Escribir para que en todas partes me lean, me admiren y me discutan".

Yo he guardado un embarazoso silencio, una reserva llena de sobresaltos interiores que me costaba trabajo vencer para no deshacerme en palabras. El propósito de mi hijo ha quedado, pues, como una afirmación que no conoció de viva voz el análisis ni la disputa paterna. Si esa escogencia hecha con tan soberano énfasis en los círculos del azar, persiste con los años, se torna en idea fija, toma calidad de obsesión, mi hijo será, pues, periodista. Ahora empezará usted a entender por qué le escribo estas líneas. ¿Cuál es, cómo se desenvuelve, a qué conduce el destino de los periodistas? Las ideas que yo tengo sobre el tema, pecan de primarias y demasiado esquemáticas o generales. Van en seguida, sin embargo, con el objeto de que usted les en-

miende la injusticia de que pueden estar llenas o la exageración en que talvez abunden.

Se dice que el periodismo es un trabajo fascinante. Y lo creo. Vivir más enterados que los demás sobre el curso de los hechos universales, especialmente de los hechos políticos, equivale a tener una localidad de primer rango en una sala de espectáculos. Cuando ese espectáculo es el mundo, la torpeza de los hombres, sus pasiones o sus aciertos, las ventajas de esa posición no se discuten. Escuchar todos los días la palpitación universal, debe ser una experiencia digna de todo sacrificio. ¿Pero no fatiga? ¿No sobreviene, a veces, el tremendo cansancio que brindan todas las profesiones? No parece que así sea en la mayoría de los casos, pero cuando se cede a la fatiga y el periodista se retira, toma un inconfundible perfil de hombre frustrado, de desertor de su propia vocación. Y eso es muy grave y sirve para fijar, en mi concepto de profano, la primera base de esa tarea: saber ser fiel a ella, irrevocablemente fiel. ¿Qué se conquista con ello? Nada parecido a la burguesa tranquilidad del comerciante en víveres que ha asegurado la estabilidad de su negocio, ni a la del millonario productor de conservas, ni al traficante en cerdos, ni al tendero rico. Todos estos personajes viven sus existencias sin que intevenga de manera fundamental el demorio de las ideas políticas o literarias o artísticas. Se comprende que la armonía del mundo no subsistiría sin ellos, puesto que las telas, los cerdos y las conservas, son tan necesarios como la filosofía de Hegel o los versos de Homero. La diferencia, pues, entre la categoría de los trabajos del periodista y los del menestral, no radica, como se ha creído muchas veces, en que los primeros son útiles al progreso humano y los segundos no. Consiste en otra cosa más sutil, que ya estaba apuntada: en la presencia constante, tiránica, de ese demonio de las ideas, a través de toda la labor del periodista. Un menestral puede desenvolver el hilo de su vida, y desenvolverlo productiva y dichosamente, sin preocuparse jamás de comunicar a las gentes de su proximidad qué piensa sobre la totalidad o parte de los problemas de la antigüedad o de la hora presente.

El periodista, en cambio, estará forzado a hacer todos los días un examen de su conciencia ideológica, y tendrá que revisar, cada veinticuatro horas, la contabilidad de sus ideas para poder apreciar qué desperfectos, qué comienzo de ruina, qué señales de descomposición orgánica, ha producido en ellas el simple paso del tiempo. Y ese alertamiento cotidiano, esa revisión diaria de toda la armazón ideológica, me parece una tarea prodigiosa, que ha servido para orientar a los pueblos, pero también para garantizar la fugacidad, la calidad circunstancial, tremendamente anecdótica de los trabajos periodísticos.

Tengo la sospecha, intranquilizadora, de que en el voto hecho por mi hijo para ser periodista, va envuelta, consciente o inconscientemente, una vaga tendencia a conquistar la gloria literaria, o todavía algo más grave, la gloria así, sin calificativos. Y creo que el único camino que no conduce a ella es precisamente el que mira con tan risueñas ilusiones. Ser periodista equivale —eso por lo menos juzgo yo— a conquistar un olvido casi perfecto por parte de la posteridad. En la gran marea de la historia intelectual de los pueblos, el periodista es un

náufrago que no toca orilla. Se deshace su obra entre las aguas del tiempo. No hay nada más melancólico que esas colecciones de trabajos periodísticos, cada uno de los cuales tuvo su fulgurante vigencia de horas, pero que revistos desde la cima de una edad posterior, aparecen desjugados de su intención precisa, de su significado inmediato y directo, y ofrecen, en cambio, una rara y desazonadora sensación arqueológica. Siendo tan vivo, tan caliente, el material en que laboran los periodistas, nada hay, no obstante, que periclite con mayor rapidez y aparezca como disecado. La idea de que mi hijo crea en el periodismo como en una buena letra de cambio contra la gloria, me trae muy inquieto. Usted dirá si esa inquietud está plenamente justificada.

## ARTE Y ARTIFICIO EN LA LITERATURA EPISTOLAR

A propósito de la fidelidad en la correspondencia epistolar, afirmaba un escritor inglés de mucha fama y renombre, que ésa era una característica casi exclusiva de las mujeres. Los hombres, decía, son, por lo general, pésimos corresponsales de sus amigos, de sus amantes, de sus padres, de sus conocidos, de todo el mundo, en una palabra. La tarea de escribir cartas, concluía ese mismo autor, resulta casi completamente un oficio o un arte del dominio femenino, de la órbita en que se mueve la actividad de las mujeres.

Es posible, casi seguro, que así sea. Pero, desde luego, podrían señalarse monumentales excepciones a esa regla, o, cuando menos, a ese principio de clasificación del trabajo epistolar. Flaubert, por ejemplo, como buen francés que era, agobió a sus amigos y amigas con el peso ilustre de sus cartas, hoy recogidas en varios volúmenes. Otro ejemplo, no menos ilustre, sin duda, sería el de Marcel Proust, cuya correspondencia, editada y catalogada minuciosamente en seis tomos, no acaba, sin embargo, de agotarse, pues de manera periódica aparecen más y más cartas, más y más **billetes**, más y más **neumáticos**, más y más tarjetas de excusa, de cumplimientos, de requiebros, de galanterías, de coqueterías, de alabanzas, de las explicaciones interminables y sinuosas en que era tan fértil, tan genial y al mismo tiempo tan cargante, el atormentado creador de **Swan** y de **Odette**. Otro ejemplo sería el de Jacques Rivière, el de Alain Fournier, el de Paul Claudel, el de Jules Renard. No acabaríamos, citando excepciones. Sobre todo, tomándonos del panorama literario de Francia, en donde el menester de escribir cartas, **razones** sobre papel, destinadas a una persona amiga o enemiga, a un simple conocido, resulta históricamente ilustre, como una auténtica costumbre, bien arraigada en los usos intelectuales de ese pueblo.

Si tomamos, pues, el caso de Francia para contrapesar así la tesis del autor inglés que hemos citado inicialmente, ¿se destruye por ella la clasificación supradicha? Tal vez no. Ciertamente es, sin duda, que las mujeres escriben más, muchas más cartas que los hombres, y que en ese género de la expresión intelectual de los sentimientos, descuellan por la simplicidad, la sutileza, el arte de decir en pocas palabras muchas cosas y sugerir otras tantas. Tendríamos como confirmación regia de todo esto, el caso prodigioso de Madame de Sevigné, cuyas cartas

constituyen una gloria purísima de las letras universales. Pero se dirá que este caso resulta, sin duda, por su calidad, por su significación y trascendencia, desbordando naturalmente toda regla. Es así y no es así también, porque las cartas de Madame de Sevigné fueron escritas sin premeditación literaria propiamente dicha, o, lo que es igual, como auténticas cartas, destinadas a ser conocidas nada más que de la afortunada hija a quien adoraba **hasta la locura**. Desde luego, esa impremeditación, esa espontaneidad, constituyen la clave de su gracia desenvuelta y sencilla y aseguraron para las cartas de Madame de Sevigné la inmortalidad artística.

¿Pero qué razones hay para que las mujeres resulten más hábiles que los hombres en la tarea de escribir cartas? Probablemente la índole misma de ese oficio intelectual se acomoda mejor a la condición femenina. Veamos por qué. Las cartas son, por definición, documentos privados, y no estaría mal decir documentos "para uso doméstico". Una "carta abierta", una carta pública, como ésas que fabrican todos los días los políticos para dirigirse, por conducto de una sola persona, al resto de sus conocidos, no es una carta en el sentido estricto, y apenas si conservará de las cartas las fórmulas habituales del comienzo y del final. Escrita aparentemente para una sola persona, pero destinada a mil o a un millón, y publicada profusamente, la carta abierta, la carta del político, resulta una deformación total del género.

De esta suerte podríamos aventurar una primera condición, ineludible, para las verdaderas, las auténticas cartas: su carácter confidencial, su índole privada, o como decíamos antes, **doméstica**. ¿Y en lo doméstico, en lo privado, en lo confidencial, pueden tratar de competir los hombres, con algún éxito, frente a la consumada habilidad de las mujeres? No lo parece. Por lo menos, yo no lo creo. El hombre no alcanzará jamás la profundidad expresiva de la mujer para la confidencia. Y el material mejor de que están hechas las mejores cartas que se hayan escrito jamás, es pura confidencia, confesión íntima, revelación privada. Además, el hombre resulta más vanidoso intelectualmente que la mujer, y esto afecta, incide lógicamente en su estilo epistolar, presrándole un artificio retórico incuestionable, menos notorio en el caso femenino, en el cual habrá siempre más cándida limpidez. La carta de una mujer cualquiera, no de una notabilidad del ingenio y de la suspicacia intelectuales, sorprenderá siempre, invariablemente, por su humor desinteresado o por su impremeditada sencillez. Para pulsar el acento confidencial, para herir con una palabra, con una sola, el diapason sentimental, y hacerlo vibrar largamente, las mujeres poseen una maestría insuperable, que queda en evidencia en el arte epistolar femenino.

Los hombres, en cambio, son tremendamente inexpertos en esta difícil materia. Aparecen toscos, rudos, excesivos, pedantes, grandilocuentes, haciendo grandes gestos literarios frente a esta primorosa minucia, a este bordado intelectual de las cartas femeninas, en que todo, la emoción, el sentimiento, el estilo, va como apretado por un hilo sutil e invisible. Compárese, al efecto, cualquiera de los mejores modelos de cartas masculinas con las cartas de la señora Sevigné, para que se vea la tosquedad hombruna, la insoportable estrategia literaria de los

primeros y la gracia indescifrable y generosa y continua de la segunda. Es por ello también por lo que en la novela psicológica, en la investigación del complicado mecanismo de los sentimientos, las mujeres han alcanzado tan extraordinarias culminaciones. Ha habido, claro está, genios masculinos de la literatura en quienes esa misma investigación ha sido llevada a límites todavía no superados. Pero no hay duda de que en esa tarea de buzos del océano interior de las almas, de histólogos de las pasiones humanas, los grandes novelistas de nuestro tiempo y de una parte del siglo XIX, estaban ayudados espléndidamente por el "lado femenino" de su propia personalidad.

### **MENOSPRECIO POR LA CULTURA**

En Colombia, especialmente en los grandes centros urbanos, empieza a sentirse un mal de origen europeo: la desgana del libro. No es una fatiga intelectual, en sentido riguroso, sino una laxitud del intelectualismo. La gente no quiere aprender más, quiere, a lo sumo, informarse, pero de prisa. En los escaparates de las librerías crece, en proporciones abrumadoras, la inmensa montaña de los libros que no van a ser adquiridos jamás, que no van a ser leídos nunca, que se convertirán en una reserva monstruosa y de lujo para los roedores.

Empezamos también aquí a menospreciar el libro y, por lo tanto, a leer vertiginosamente, poseídos de una angustia fáustica, como si la vida debiera abandonarnos en la hora que sigue. Leemos como si nos encontráramos espiritualmente ubicados en una estación de ferrocarril, con el tren ya jadeante esperándonos para un viaje del cual lo único cierto es la imposibilidad del retorno. Hemos perdido la pausa y, desde luego, la capacidad para el largo esfuerzo, aquél que no se cumplirá jamás en minutos o en segundos y que requiere para su armoniosa culminación muchas derrotas circunstanciales del ánimo y una regia dotación de paciencia. La urgencia del tiempo presente ha traído como consecuencia el imperio del esfuerzo mínimo. De ahí nace también la desentrenada admiración por la síntesis. Se quiere, se desea con vehemencia jubilosa que todo sea sintético, breve, fácil, esquemático, elemental, sumario, desde el traje de las bañistas hasta la teoría del filósofo. Los viajes deben ser rápidos, o lo que es igual, cortos. Se prefiere el ahorro de muchos paisajes, la privación de muchas emociones que podían ser imperecederas y convertirse en fuentes de creación artística, al placer casi siempre irrazonable, de llegar, de arribar, de poder comprobar, deberíamos decir de palpar, el cambio súbito entre el punto de partida y el punto a donde vamos.

No hay posiblemente ni un solo aspecto de la vida que no haya suirido la alteración que se deriva del apresuramiento espiritual. En la literatura, en el arte, en la política, en la conversación, en el amor, todos queremos "devorarnos los vientos" como se dice en el lenguaje corriente. Despreciamos, con fácil criterio de turistas, la perspectiva que deberíamos establecer normalmente entre la propia vida y los hechos de nuestra actividad. Leemos con angustia de naufragos, y en las relaciones sentimentales no dejamos ni la más pequeña laguna de tiempo para gustar, para saborear el difícil manjar de la felicidad. Lo

devoramos, sencillamente, con terrible avidez. Es cierto que el progreso monstruoso de la máquina ha impuesto un ritmo de asalto a la humanidad. Pero, de paso, ha desquiciado o desfigurado el mundo espiritual. Ya no hay tiempo sino para ir en volandas, para ir de carrera, aún cuando la meta no se conozca o apenas se entrevea de manera muy vaga. La distribución de ese tiempo, del tiempo útil de un hombre, tiene mucho de programa hípico, y en esa distribución está descartada la lectura como tarea fundamental. Se puede leer, y se lee. Pero ¿cómo y qué se lee? Marcel Proust decía: "Reprocho a los periódicos que conduzcan nuestra atención todos los días hacia las cosas insignificantes, cuando solo tres o cuatro veces en la vida podemos leer los libros en donde se encuentran las cosas esenciales". El periódico es el prospecto impreso de nuestro afán cotidiano. Y por eso crece cada mañana, con mayor amplitud, el desdén por el libro, aun cuando el libro nace también con la misma prisa que condiciona todo el trabajo contemporáneo. Pero como el mundo tiene sed de síntesis, de brevedad, los libros se van arrinconando, en patética e inútil virginidad, en los depósitos editoriales, en las bibliotecas públicas y privadas. Es ésta la época del periódico y del folleto, la gran vigencia del radioperiódico, en el cual se anticipa, para lo espiritual, la comida sintética del año dos mil, la nutrición del intelecto por un régimen de píldoras. Es también el sistema homeopático aplicado al desenvolvimiento de la inteligencia. No se desea nada grande en el orden del espíritu. Somos, los contemporáneos, la más desoladora y cabal encarnación del personaje de James M. Barrie: Peter Pan. Deseamos que nada crezca, y, a la inversa, que todo se reduzca a sus primarios límites. El "peterpanismo" implica la satisfacción de todas las ilusiones, de todos los propósitos, de todos los esfuerzos actuales. El "peterpanismo" explica el automóvil, el tren aerodinámico, el aeroplano, el cinematógrafo, el radio, el telégrafo a larga distancia, los consultorios sentimentales, las agencias de matrimonios, la enseñanza por correspondencia, el libro de cheques viajeros, y todas esas creaciones andróginas del confort moderno, como el paraguas-bastón, la cigarrillera-encendedor o la lámpara-despertador.

Como para el libro no hay medio posible de acomodarlo a esa necesidad de síntesis que los humanos exigen con loco ahinco, y el libro perdería esa calidad, esa categoría esencial al reducirse a una hoja volante, las gentes ejecutan su venganza contra ese producto de la actividad intelectual que se resiste a variar de proporciones, de una manera muy sencilla: despreciándolo, olvidándolo, intacto, sobre la mesa de trabajo y en los inmensos nichos que la vanidad inteligente de los gobiernos le prepara en las bibliotecas. El lector de libros empieza a ser un personaje raro. La vida, para los ricos, se ha llenado de diversiones de las cuales se halla ausente la lectura del libro, entre otras razones porque en esos prospectos del placer no figuran sino las revistas ilustradas y los periódicos. Para los que no tienen medios de fortuna, para los desheredados, la preocupación central de todas las horas, incluídas las del descanso nocturno, consiste en orientar todos sus pasos a dejar de ser pobres. Como juego preferido tienen el de la lotería, y cuando llegan al sueño, cuando ya navegan en esas aguas sosegadas y profundas, la visión onírica que les aparece es la de la cifra del triunfo.

La cultura recibe, pues, con esa dramática imposición de la síntesis que reclama el mundo moderno, un ataque imposible de contrarrestar. ¿Quién dispone ahora de ese gran lote de tiempo indispensable para remontar ciertas corrientes del espíritu clásico que quedaron fijadas y explicadas en obras de largo aliento? Y ya dentro de una época reciente, ¿quién entraría a derechas, disciplinadamente, al conocimiento de la obra de Balzac? Y, más cerca aún, al filo de los días presentes, ¿no representan una minoría de ociosos —como se dice con amargo desprecio— los lectores de Marcel Proust o de Jules Romains?

La prisa está matando al lector del libro, mientras termina por eliminar a éste, si antes no se ahoga el mundo en un océano de papel impreso, pues los creadores de fantasías noveladas, de ensayos literarios, de teorías artísticas, siguen, por fortuna, insensibles a esa demanda de síntesis que les solicita la humanidad poseída de una infinita indiferencia, de un alegre y deportivo desprecio por la cultura.

### **FAENAS MENORES DE LA CULTURA**

Una de las formas de difusión de la cultura que con más ardor combaten quienes se reputan “técnicos” o autoridades en la materia, es la de los compendios o síntesis que bajo la envoltura de simpáticas revistas, gacetas o boletines, se venden ahora, con especial éxito, en todos los mercados del continente americano. Qué horror, dicen los críticos, ofrecer en dosis homeopáticas, en esquemas de una página o dos, el resumen de tantas cosas que la cultura humana, en sus diferentes órdenes, se ha tomado el ingente trabajo de construir en una tarea secular, larga y penosa. El mundo, agregan, perderá así su equilibrio espiritual, y las inteligencias no hallarán su verdadero camino. Al diablo, pues, con esas hojas de perdición, que son pasto para los filisteos, veneno para las mentes, y que siembran la confusión y la anarquía en lo que debería ser clásico orden, desarrollo armonioso y metódico del conocimiento.

Ante todo, una cuestión previa: la cultura no desaparece porque haya muchas gentes mal informadas sobre su proceso. La historia del mundo demuestra que esa circunstancia, la de que las mayorías populares mantengan, respecto de las formas más refinadas y sutiles de la cultura, una actitud de desvío natural, de negligencia inconsciente, no altera, con la profundidad y en la medida en que se ha creído, el ritmo del progreso de esa misma cultura. El movimiento renacentista no surgió de esa especie de consentimiento popular que muchos sociólogos han creído adivinar y han señalado con énfasis. Fue una “política de la cultura”, racionalizada, dirigida, encauzada, creada, estimulada vigorosa y enérgicamente por las minorías selectas, por los príncipes, por los estadistas, por los rectores de las universidades, por los “técnicos”, por los grupos restringidos —minoritarios forzosamente— de los artistas, de la *élite* de profesionales.

Hay, pues, ha habido siempre, una vanguardia de humanistas, de sabios, de literatos, de poetas, de novelistas, de políticos, de periodistas, de arquitectos, de músicos, de escultores, de químicos, etc., que empujan, si así puede decirse, el progreso del mundo, llevando a la za-

ga, y como a regañadientes, el resto de la humanidad. Los descubrimientos del mundo microbiano, de la velocidad de la luz, de la fórmula leucocitaria, no son, ciertamente, el fruto de un plebiscito general entre las multitudes indoctas. Si para que avanzaran la cultura, las letras, las humanidades, el arte, fuera indispensable que el nivel de los conocimientos de un pueblo lograra características de finura y selección semejantes al de las minorías creadoras, orientadoras y rectoras, el fenómeno de ese mismo progreso, de ese avance, se retardaría formidablemente.

Obsérvese cómo, por ejemplo, en el caso de Pasteur, las mayorías, el pueblo y lo que podríamos llamar la "plebe científica", no estaban capacitadas para aceptar y entender en todo su valor las nuevas fórmulas y teorías sobre la profilaxia que el sabio francés había descubierto. Una labor de propaganda, de reclamo simple y permanente, hecho sin aparato de erudición, fue trabajando poco a poco la conciencia popular, hasta que la "pasteurización" se tornó en un hecho aceptado generalmente, inconscientemente, o lo que es lo mismo, sin que el hombre común y corriente, que recibía el beneficio de las nuevas reglas de la asepsia, tuviera calidad de avezado conocedor de los secretos científicos profundizados y traídos a la luz por Pasteur.

Pero se dirá: ¿qué relación hay entre lo dicho y la "deformación" de la cultura que se brinda en las revistas y periódicos, donde se ofrece al grueso público, a las masas, una serie de apretadas e incompletas síntesis de las ideas, de las teorías, de los descubrimientos, de la historia del mundo? La relación es evidente, porque el hecho es igual, trátase de la ciencia médica o del arte pictórico, de la literatura o de la química. El pueblo no puede recibir sino lo esencial y más simple en el orden de las ideas y de la cultura en general. El hombre medio sabe que hay una descomposición del átomo, pero no podría explicar en qué consiste, y cuando se le demandara una apreciación concreta al respecto, declararía paladinamente su incompetencia. ¿Es ello reprochable, es ello síntoma de atraso, de silisteísmo? De ninguna manera. El ideal de la cultura popular podría detenerse en ese aspecto, en la adquisición de esa verdad, obtenida probablemente al azar de la lectura en una revista de las que se encargan de difundir para el pueblo ese género de verdades. Entonces ¿no es cierto que esos veloces y ligerísimos esquemas de la ciencia y de las artes, de la historia y de las letras, sean tan detestables y perniciosos como se supone? Yo, por lo menos, creo que son estimables y evidentemente útiles. Tal vez se tome como una blasfemia afirmar que la labor de los compiladores de ese estilo de verdades que sirven de alimento a las masas ignaras, tiene un antecedente egregio: el de los enciclopedistas. Pero ése es el antecedente, dígase lo que se quiera o tómese a burla, a paradoja, el aserto. La enciclopedia tiene mucho de almanaque, no poco de gaceta y revista y, desde luego, muchísimo de periódico. La enciclopedia es una "síntesis gigantesca" de la cultura humana, de la ciencia humana, del conocimiento adquirido por los hombres en su peregrinación de siglos, en su dilatada experiencia temporal. La síntesis de esa síntesis, ¿por qué ha de ser ineludiblemente despreciable e ineludiblemente calificada de nociva? El pueblo no puede ir con la enciclopedia bajo el brazo. Tiene que

tomar lo asequible, lo digerible, lo mínimo, lo fácilmente manejable por su cabeza, de toda esa monumental acumulación.

Y ese alimento espiritual se le está dando en el envase frágil y liviano de las compilaciones de revistas y periódicos. Es incompleto, se dice. Claro que es incompleto. Si fuera cabal, no podría circular popularmente, no llegaría a las masas, sería rechazado por ellas, que van de prisa, que están urgidas, espoleadas por la angustia diaria de la subsistencia. La actitud de quienes se encandalizan por el éxito clamoroso que conocen en el pueblo las compilaciones a que nos hemos referido, es necia y pedante. Obedece a un falso criterio de orden intelectual, en que hay una concepción reaccionaria y aristocrática de las relaciones culturales entre la *élite* y las masas. Que el pueblo adquiera nociones elementales, no está mal, no ha estado mal jamás. Que circulen estas verdades no sobra sino, todo lo contrario, hace falta. El radio, los periódicos, las revistas, las gacetas, a ello contribuyen denodadamente. Y el pueblo bebe esas verdades con entusiasmo y con ellas circula sin causar especiales molestias a los sabios, a los eruditos, a los filósofos, a los sociólogos, a los técnicos, a los artistas. Un pueblo de sabios resultaría detestable. Un mundo repleto de erudición no tendría gracia ni interés.

### **LA AMENAZA DEL LIBRO**

Uno de los más angustiosos problemas de nuestro tiempo, para el hombre culto o para quien aspira a serlo, radica en la formidable producción intelectual que diariamente se edita, toma forma de libro, de texto, de folleto, de revista. Los periódicos son cosa aparte, y también constituyen otro serio problema. A ello se agrega, desde hace unos cuantos años, la difusión cultural por medio del radio. Y por el cine. Y por el teatro. Y la que hacen los centros científicos, y las academias, y los ateneos, y los ministerios de educación de todos los gobiernos de la tierra.

La cuestión se ha ido tornando un poco dramática. Imagine-mos la distribución normal del tiempo para un hombre cualquiera, dueño de ciertas nociones generales y deseoso de ensanchar la comarca de sus conocimientos, de ampliar las bases de su cultura. En la mañana, antes del trabajo usual, del cual deriva su sustento, dispone de media hora escasa para ponerse en contacto con la actualidad mundial, por medio de los periódicos. ¿Cuántos periódicos? En los centros civilizados, en las grandes ciudades cosmopolitas, por lo menos tres, cada uno de los cuales refleja una tendencia política distinta, una manera peculiar de entender y propugnar las relaciones entre la sociedad y el Estado. Antes del desayuno, en el desayuno y un poco también después del desayuno —el trozo de tiempo que le queda libre para recorrer la distancia que lo separa del lugar de su trabajo— ese hombre absorberá, al mismo tiempo que el aroma del café y el vientecillo matinal, una serie confusa de opiniones radicalmente antagónicas sobre todos los problemas, grandes y pequeños, insignificantes o sustanciales, que agitan a su país, a su partido, a la sociedad en que vive y al mundo en general. De un mismo jefe de Estado leerá que es un tirano y un demócrata; de una misma teoría científica, que es absurda y milagrosa, formi-

dable y estúpida; de un sistema de gobierno, que es aberrante y maravilloso, cruel y magnánimo; de una acción bélica en cualquiera de los frentes de batalla, que es, en concepto de los respectivos beligerantes, una victoria y una derrota, un avance extraordinario y una medida táctica admirable; de unas elecciones políticas, que son un certamen de arbitrariedad y una expresión perfecta de la cultura democrática de los pueblos; de una película, que es abominable y perfecta; de un concierto sinfónico, de una poesía, de un discurso, conceptos igualmente contradictorios. Y sobre los libros, leerá que unos son obra maestra; otros, la última palabra de la estupidez humana. Y así con todos los actos humanos, con todas las obras de los hombres, con todos los frutos de la inteligencia, del esfuerzo, del ingenio, de la malicia, de la candidez, de la caridad, del amor, de la belleza, de la miseria.

En ese dédalo de contradicciones, el hombre llega a su trabajo y cierra, provisionalmente, el curso de sus pensamientos sobre el mundo y las cosas que lo rodean. Se entrega a su modesta o trascendental tarea. Por fuera de sí mismo queda ese universo repleto de turbadores antagonismos. Y cuando termina su labor, vuelve desesperadamente los ojos en busca de una guía cierta, de una norma. ¿En dónde la va a encontrar? ¡Ah! En los libros, en la letra escrita por la sabiduría de los hombres. Pero está sonando el radio. Alguien discurre frente al micrófono. Habla de la superioridad de una determinada raza sobre las demás razas del mundo. Pangermanismo, racismo, totalitarismo, supeditación del ciudadano al Estado, un solo gobierno cesáreo para la tierra, organización hegemónica, etc. Cambiando de estación, escuchará otra voz que contradice, con eficacia, las tesis anteriores; y más adelante, en el cuadrante, hallará música, exposiciones científicas, crítica literaria, artística, discusiones sobre todos los temas imaginables. Extenuado en la labor de escoger entre esa baraúnda de programas, regresará al libro.

¿Cuál libro? ¿Una novela? ¿Un tratado de historia? ¿Una obra antigua? ¿Una contemporánea y de viva actualidad? Sobre su mesa hay por lo menos diez, quince, acaso veinte volúmenes que esperan, como tantos otros en su biblioteca personal, la caricia de las manos del dueño, el desfloramiento de las páginas que permanecen cerradas hace tanto tiempo. La vacilación en la escogencia se torna un poco dolorosa. Ese hombre intuye oscuramente o con perfecta claridad que cualquiera determinación que tome estará afectada de inseguridad, y que por fuera del círculo de su preferencia circunstancial queda un vasto panorama de la cultura que probablemente no alcanzará ni siquiera a rozar levemente en el breve curso de su existencia.

El tiempo va repasando incesantemente el oleaje silencioso y profundo de sus aguas. Y el hombre prueba una sensación inconfundible de náufrago. Se van los días y las semanas y los meses y los años, y en esa fuga sin pausa no queda plazo, ni respiro, entre tantas cosas que reclaman un esfuerzo distinto para orientar adecuadamente el espíritu, para nutrir la inteligencia, para gozar a plenitud con la belleza que quedó fijada en los libros, en los cuadros, en el mágico esquema de una obra musical y aun en la propia naturaleza. Atado a la roca de sus menesteres cotidianos, ni siquiera en la propia soledad halla el

hombre contemporáneo una completa libertad de acción interior. La inaudita superabundancia de estímulos culturales que lo rodean, lo dejan paralizado en la indecisión. El problema de la lectura se le convertirá en una especie de tormento, de amenaza sin par. ¿Lo nuevo o lo antiguo? ¿Lo clásico o lo contemporáneo?

Un escritor francés, el señor Julien Benda, declaraba que ese problema había dejado de existir para él, pues su determinación estaba tomada valerosamente, desde hacía muchos años, en favor de los clásicos, de las obras sobre las cuales existía ya un veredicto inapelable: Homero, Virgilio, Tácito, Dante, Shakespeare, Racine, Corneille, Cervantes. Lo que no tuviera ese sello de inmortalidad y esa autoridad de cosa juzgada, lo dejaba indiferente.

Tremenda decisión, que la mayoría de los hombres no podrían adoptar porque ella implica una regia disciplina humanística y una cierta soberana condición de la voluntad y de la inteligencia que el hombre medio no poseerá jamás. Además, la visión clásica del mundo es seguramente perfecta en sus líneas esenciales, pero es incompleta. Más allá de esa visión, queda todo lo que el espíritu contemporáneo ha conquistado en la ciencia, en la técnica, en el arte, en el procedimiento para la investigación psicológica. El aporte de Einstein a la ciencia de las matemáticas, por ejemplo, no tiene aún calidad clásica, y sin embargo ningún sabio contemporáneo podría prescindir tranquilamente de tal aporte. Y así, en tantas y tantas otras cosas.

La determinación del escritor francés a que nos hemos referido, tiene, pues, todos los síntomas de una determinación desesperada. La disciplina de la cultura no consiste, a nuestro juicio, en hacer un corte vertical a través de ella para desechar vanidosamente una inmensa parte y quedarnos con otra. Pero, desde luego, en la mezcla armoniosa, en el aspecto panorámico que ella debe tener, se halla la más grave dificultad. Y la superproducción de elementos de cultura que el hombre contemporáneo ve nacer en torno suyo, como diario torrente, agudiza el problema. Por eso mismo el libro se ha convertido en una amenaza para la tranquilidad espiritual del hombre contemporáneo, el cual oscila como un péndulo sobre el abismo de sus preferencias, incitado a satisfacerlas por igual, pero sin conseguirlo jamás completamente. La inseguridad espiritual es una de las características de nuestro tiempo.